

LA ALBORADA

SEMANARIO DE LAS FAMILIAS.



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima Sábado 7 de Noviembre de 1874.

Núm. 4.

SUMARIO.

LA DIRECCION.—LOS CONCIERTOS, por la Sra. Adriana Buendía.—OME, poesías, por Vicente Piedrahíta.—BIBLIOGRAFIA AMERICANA, por Ricardo Palma.—LAS REVOLUCIONES, poesía, por Juan de Arona.—A ISABEL, por la señora Juana M. Lazo de Eléspuru.—LA LOCA DE MAGUNCIA, traduccion por la señorita A. C.—A LA SEÑORITA ANGELA CARBONEL, poesia por Numa P. Llona.—UNA QUERRELLA, por la señora Juana Manuela Gorriti.—LAS FLORES, poesia por D. de Vivero.—AGUA MANSA, traduccion por Felipe Gerardo Cazeneuve.—TRADUCCION LIBRE, "El Indefinido" "La Viuda," poesias por Acisclo Villarán.—LAS AMIGAS DE BELEN, por la señora Manuela Villarán de Plasencia.—MOSAICO, por la señora Juana Manuela Gorriti.—CHARADA.—SOLUCIONES.

LA DIRECCION.

Con el número próximo de LA ALBORADA obsequiaremos á nuestros suscritores el precioso waltz "Tu y Yo," original de nuestra inspirada colaboradora, la señora Rosa Ortiz-Zevallos de Espinosa y dedicado á la directora de este semanario.

Adelantamos la prima correspondiente á este primer semestre, en agradecimiento á la favorable acogida que esta publicacion ha recibido.

El buzón para recibir los originales destinados á la publicacion de este semanario, se cerrará el miércoles en la noche, de cada semana, para el número que debe salir en ella.

Cualesquiera reclamaciones referentes á LA ALBORADA, deben dirigirse al local de su direccion, Urrutia, hoy Camaná, 188, departamento de la izquierda.

LOS CONCIERTOS.

AL SEÑOR NUMA P. LLONA.



ACE ya algunos meses que varios artistas notables comenzaron á dar conciertos musicales en el Palacio de la Exposicion, á los que el público de esta ilustrada capital ha concurrido presuroso.

La irresistible atraccion que la música ejerce sobre el espíritu humano, ha llevado numeroso gentío á aquellos hermosos jardines, en las heladas tardes del invierno; y hoy que los rayos del sol, heraldos de la brisa estival, anuncian la venida de la alegre primavera, ese lugar se ha convertido en la celeste mansion, donde el entusiasmo se entrega á sus mas espontáneas y locas manifestaciones.

Al Palacio de la Exposicion concurre, todos los días de fiesta, lo mas selecto de la sociedad limeña; y á la vez que allí se hace alarde de las galas de la opulencia, se ve tambien la sencilla pero graciosa modestia de aquella clase infeliz, que con resignacion soporta una vida llena de asperezas, bajo el yugo del trabajo, y que, dando una tregua á sus pesadas labores, se apresura á buscar algun alivio á sus males.

Allí se encuentran la góndola de nácar en que el poderoso surca tranquilo el dulce mar de la vida, y la tabla de salvacion á la que el obrero se ase con la ansia del naufrago en el mar de su mísera existencia.

Los conciertos de la Exposicion constituyen, pues, hoy, el remedio de muchos males. La música, abandonando aquella grave parsimonia que en el Teatro Principal ostentára, se ha desprendido del lujoso tocado que embarazaba su marcha, y libre ya del manto de terciopelo, de la diadema de brillantes y de las cadenas de oro, que la tenian aprisionada bajo el ropaje de Oteló, Cárlos V y Ana de Austria, ha cubierto sus formas esbeltas con una túnica de gasa, para acudir á su nueva y deliciosa morada, derramando alegria sus ojos, bienestar su bellísima presencia y dulce calma sus graciosos movimientos.

En aquella feliz estancia se va á oír las admirables concepciones de los mas grandes ingenios, y á gozar con sus misteriosos efectos; allí las notas se esparecen en armoniosas ondas, que el oído percibe con sus menores detalles, y se producen espontáneos esos momentos de entusiasmo en que se aplaude á los excelentes artistas.

Recuerdo una tarde en que la orquesta ejecutó una preciosa fantasía sobre motivos de *Los Puritanos* de Bellini. Del admirable violin del señor Rebagliati, se desprendia una inefable melodía, tierna, como el amor de una madre; triste, como un éco que se aleja; desgarrador lamento, arrancado del alma de Arturo, en el momento de su partida:

*Non parlar di lei che adoro
Di valor non mi spogliar.*

A los sublimes acentos de esta inspiracion dulcísima, parecíame aspirar con ella el alma inmortal de Bellini; creia que aquel

canto incomparable se evaporaba lentamente, hasta perderse en las elevadas cimas de los árboles que decoran los jardines del Palacio, y que muellemente inclinados le ofrecían amoroso refugio en el verde regazo de sus hojas.

Otra tarde, tocó su turno á una fantasía sobre motivos de *Los Hugonotes*. ¡Hermosa fantasía! En ella se recuerda la frenética orgía de Nevers, la graciosa gavota del quinto acto, en el palacio de Enrique de Navarra, interrumpida por el fúnebre tañido de Saint Germain l'Auxerrois, que suena lúgubre y aterrador sobre un elevado trino de violines, el duo sin rival de Raul y Valentina y la bendición de los puñales—la pieza dramática, la concepción musical mas asombrosa que produjera inteligencia humana.

La simpática artista señora Repetto, que ha conquistado allí tan merecidos laureles, ha grabado un impercedero recuerdo en la memoria de las personas que han escuchado su canto. Cada una de las árias de su escogido repertorio, cada sublime cadencia, cada nota producida por aquella misteriosa garganta, ha sido saludada por todos los concurrentes con una salva de frenéticos aplausos.

La señora Filomeno de Salcedo, que con tanta maestría ejecuta en el piano, como arranca dulcísimas notas ó su admirable violín, ha recibido también los aplausos del público inteligente, en los conciertos del Palacio. ¿Quién no ha tenido que admirar su destreza, en la fantasía de Alard, sobre motivos de *Roberto el Diablo*, tan bien ejecutada en el violín?

La señora Filomeno, al tocar en el piano *Los murmullos élicos* de Gotschalk, ha sabido arrancar mas de una lágrima del corazón, al recuerdo del malogrado autor de esa inimitable armonía, que tan dulcísima memoria dejó en las orillas del Rímac. Y al hacer esta manifestación espontánea, creo pagar á la artista el mas cumplido tributo.

¿Y qué podré decir de los señores Guzman, Ratto, Fernandez y otros distinguidos profesores que se reúnen allí, como un coro celestial, para dar cita á los espíritus sublimes de los ingenios del arte? En efecto: allí concurre Rossini con su sencillez admirable, Bellini con su ternura encantadora, Donizetti con su dramática sublime, Pacini y Mercadante con su ciencia inagotable, Meyerbeer con su sonoridad absoluta y sus pasmosas combinaciones, Aubert con su gracia inimitable, Gounod con su profundidad severa, Verdi con su singular colorido y todos los músicos de todas partes del mundo, con todas las buenas obras de su ingenio. Allí concurre, por fin un coro de los ángeles del cielo, para alentar la inspiración de esos artistas que hoy hacen de ese lugar un verdadero paraíso.

Fuera del Palacio de la Exposición, en las tardes de concierto, no hay mas que estos dos extremos: el Teatro Principal con toda su parsimonia, ó el fastidio que produce el peso de una existencia monótona y solitaria, sin un halago siquiera para el espíritu que sufre las amarguras de la vida.

Ved aquí por qué he dado tanta importancia á ese bello rincón de este mundo limeño, donde á la luz del medio día y sin la magia ni los atractivos de la escena, se va

á gozar sencillamente de los encantos que ofrece el arte divino de Apolo; ese arte que posee el privilegio de no corromper el corazón, porque carece de formas que la pureza rechaza, de no hablar mal, porque carece de palabras impuras y maldicientes, ni inducir á la imperfección ó al absurdo, porque en su propia armonía lleva la repulsión inmediata de todo lo defectuoso, impropio ó extravagante; ese arte sublime por excelencia, que beatificaron San Eugenio III y San Isidro de Sevilla; ese arte, que se supone vinculado en los ángeles del cielo, porque se dirige al alma de una manera inexplicable; ese arte misterioso, en fin, que constituye un idioma con que se habla al mismo Dios y se saluda á la patria, con que se acompaña la alegría y se ennoblece el infortunio.

¡Looor á la música sublime, loor al arte de las artes, que en medio de las angustias de la vida, nos ofrece bellos instantes de solaz y de consuelo!

¡Looor á los conciertos del Palacio de la Exposición de Lima!

ADRIANA BUENDIA.

Lima, Octubre de 1874.

OME.

SU NOMBRE.

Cuando su nombre ¡oh cielo! blando modula
Mi triste lira,
Parece que el consuelo sus cuerdas pulsa,
Que amor suspira.

Que un acento divino del harpa eterna
De la armonía,
Arrulla peregrino con su cadencia
El alma mía.

Que la voz ilusoria de la ventura
Suena en mi oído,
Y la angélica gloria santas dulzuras
En mí ha vertido.

EN SU RETRATO.

No es de mujer, su luz, ni su pureza,
Nó del ángel su gracia seductora:
Que el amor, la virtud y la belleza
Del Empíreo y la tierra ella atesora.

En sus divinos ojos brilla el cielo,
Vierte de amor su labio la ambrosía,
Del bien su gracia inspira el santo anhelo,
¡Se ha hecho mujer la eterna poesía!

1872.

VICENTE PIEDRAHITA.

BIBLIOGRAFIA AMERICANA.

POESIAS DE LA SEÑORA DOÑA MERCEDES MARIN
DE SOLAR.

(Santiago—1 vol.—331 pag. en 4. °)

ACABA de llegar á nuestras manos el interesante libro en que el amor filial del jó-

ven, y ya ventajosamente conocido, escritor chileno Enrique del Solar ha coleccionado las bellísimas composiciones de la esclarecida poetisa, honra del Parnaso americano.

Ardua tarea es, para mí al menos, emitir un juicio sobre el mérito de versos que han alcanzado unánime y entusiasta elogio en todos los pueblos donde se habla la lengua que Calderon y Cervantes revistieron de brillo y magestad. Así, estas líneas, desnudas de pretensiones críticas, no serán sino débil homenaje de mi simpatía literaria y un recuerdo tributado á la memoria de la mujer ilustre que, en días de proscripción y de infortunio, me honrara con su benévola amistad.

Las poesías de la señora Marin de Solar se distinguen, ante todo, por su corrección que casi podríamos llamar académica. Cuando el romanticismo vino, hasta en la forma, á dar una faz nueva á la expresión del sentimiento poético, la señora Marin permaneció leal á la buena escuela y no se dejó seducir por el palabrero y musical martilleteo de Zorrilla, el Verdi de la musa castellana, ni por las licenciosas fantasías de Espronceda y demas apóstoles de la falanje innovadora. Ella tuvo el buen juicio ó la fortuna de no viciar sus admirables dotes por seguir la corriente de la moda pródiga en aplausos, (efímeros ciertamente, pero no por eso menos estruendosos) á esa poesía de hojarasca y relumbron, sin verdadero sentimiento en el fondo y sin pureza en la forma.

En la época (1810) en que nació la señora Marin, la educación de la mujer no podía rayar muy alto. Por mucho que pretendiera ilustrarse, el atraso social y las preocupaciones eran barrera insuperable á tan legítima aspiración. Por eso es mayor el mérito de nuestra poetisa. Sus versos nada deben al arte: son fruto espontáneo del genio; y su corrección misma, mas que hija del estudio eslo de un gusto instintivo, orgánico por decirlo así.

Las glorias y las desventuras de su patria hallaron siempre un eco en el alma de la poetisa. Su *Canto fúnebre á Portales* tiene fragmentos dignos de la robusta entonación de Quintana; y en su *Oda al 18 de Setiembre*, lucen versos que Olmedo no habría desdenado en el himno épico con que inmortalizó los laureles de Junin.

La señora Marin escribió sonetos, en este siglo en que hay epidemia de ellos, que parecen salidos de la pluma de Argensola. El titulado *Existencia de Dios* es, en nuestro concepto, magnífico.

No es menos afortunada su lira en las composiciones íntimas. ¡Cuánta ternura y cuán delicado sentimiento domina en la poesía que empieza

Al fin te llevas á lejana tierra
La prenda idolatrada de mi amor!
En la distancia que de mí te aparta
No olvides mi aflixion!

La sencillez de la frase, la naturalidad de las imágenes, la lijereza de transiciones, todo, en fin, revela que esta composición fué escrita sin el mas leve esfuerzo de inteligencia. El corazón dictaba y los versos se deslizaron fáciles, fluidos y armoniosos como las aguas transparentes del arroyuelo.

La señora Marin murió como el cisne, no

exhalando un gemido sino un cántico. Madre y cristiana, las últimas notas de su lira son un himno de amor y bendición. Véase el lindísimo soneto que dictó pocas horas antes de que su espíritu se remontase al seno del Eterno.

Último resplandor del claro día
De mi felicidad, hija adorada,
Por la bondad del cielo destinada
Para ser mi consuelo y mi alegría.

De tu edad en la bella lozania,
De gracias y virtudes adornada,
Eres flor hechicera cultivada
Por la constancia y la ternura mía.

Tú el solitario hogar con tu presencia
Adornas;—mi solícito desvelo
Es la dicha formar de tu existencia.

Y mientras mi plegaria sube al cielo
Y en amorosa paz vives conmigo,
En lo íntimo del alma te bendigo.

Dos producciones del género filosófico—*Dulce es morir* y *Excepticismo*—hay en el libro, que reclamarían un estudio que no nos sentimos con fuerzas para emprender. Baste decir, sintéticamente, que ellas prueban el gran talento de la escritora, lo arraigado de su fé y la sinceridad de sus convicciones.

Chile y la América republicana tienen justicia para enorgullecerse con la aureola de gloria que refleja sobre el nombre de doña Mercedes Marin de Solar.

RICARDO PALMA.

Lima, Noviembre 4 de 1874.

LAS REVOLUCIONES.

En pueblo vil que en la abyección se estanca
Flota ó siervo, sea bienvenida
De una revolución la sacudida
Que á su marasmo secular lo arranca.

El vé de un nuevo día la luz blanca;
Siente renuevos en su sér de vida;
Y al fin para su acción desentumida
Mira del porvenir la senda franca.

Bien venga el vendabal cuando despoja
A árbol añoso en la mitad del llano
Del polvo antiguo y la vetusta hoja.

Pero nó cuando á vástago lozano
Sacude impío y hácia atrás lo arroja,
Cual pasa en el plantel americano.

JUAN DE ARONA.

A ISABEL.

Hijita: renuncia ya
Tus recreos infantiles,
Porque, con los quince abriles,
Varia tu situación
Y aun procura que tu risa
No sea de azar la causa;
Hazla, pues, con mucha pausa,
Con mucha moderación.

Me dirás que ley tirana
Te impongo, Isabel querida;
No, hijita;—es esa la vida
Yo te digo la verdad
Renunciar á los placeres
Aunque, con dolor profundo,
A veces exige el mundo
Con harta temeridad.

Olvida, pues, las muñecas;
El trompo, el trapezio vota;
Deja á un lado la pelota,
Y no pienses en saltar.
A los quince la existencia
No puede ser ya la misma,
Y el mundo por otro prisma
Tenemos que contemplar.

Mira, pues, hijita mía,
Que es trance también amargo
El vestir el traje largo
Para empezar á sufrir.
Mas las leyes ¡ay! del tiempo
No son las leyes del hombre:
No son leyes en el nombre
Que se pueden infringir.

Tu imaginación, empero,
Asaz festiva, risueña,
En contemplar aun se empeña
El mundo como al Eden.
Y aun juzgas también, hijita,
Con tu espíritu inocente,
Que has de ver eternamente
La dicha solo y el bien.

¡Ay! si supieras
Lo que es el mundo,
Lo rechazara tu corazón;
Porque sus pompas,
Y sus festines
Si no mentiras
Veneno son.

¡Ay! Isabel, yo quisiera
Que tu dicha no pasara,
Y tu labio no probara,
La amargura del dolor,
Ni la ansiedad de la esposa,
Ni de madre la agonía,
Que auyentarán la alegría
Que hoy ostentas con candor.

Goza, pues, mientras que llega
El tiempo fatal, horrible,
En que tu pecho sensible
Solo pueda respirar.
Yo cuidaré cariñosa,
Mientras estés á mi lado,
Tu bien no sea burlado
Por el mas leve pesar.

JUANA M. LAZO DE ELESURU.

Lima, Noviembre de 1874.

LA LOCA DE MAGUNCIA.

(TRADUCCION DE LA SRTA. A. C.)

(Conclusion.)

III.

ENTRE tanto, el conde seguía á la loca, y por un efecto extraño de la sobre excitación de sus sentidos la veía en las tinieblas con la claridad del medio día; oía sus suspiros, sus palabras confusas, á pesar del

soplo continuo del viento de otoño que recorría las calles desiertas.

Algunos vecinos retardados, con el cuello de sus paletós levantados, las manos en los bolsillos y el sombrero hundido hasta los ojos, caminaban apresurados: se oyen cerrar las puertas con estrépito: una ventana mal clavada hace estremecer la pared; una teja desprendida por el viento, rueda á la calle; el aire arrecia mas, cubriendo con un lúgubre silbido, todos los ruidos, todos los suspiros.

Era una de esas noches frías del mes de Octubre, cuando las veletas sacudidas por el viento, dan vuelta en lo alto de los techos, rechinando con su voz estridente, El invierno!... ¡El invierno, ved aquí el invierno!

Cuando Cristina llegó al puente de madera, se inclinó sobre el muelle y miró el agua negra borbotar entre los barcos; luego, levantándose con un aire incierto, prosiguió su camino, tiritando y murmurando por lo bajo:

—¡Oh! ¡oh! ¡Hace frío!

El coronel, teniendo con una mano los pliegues de su capa, comprimía con la otra, los latidos de su corazón, que parecía salir de su pecho.

Las once dieron en la iglesia de San Ignacio, después, las doce.

Cristina Evig caminaba siempre: había recorrido las calles de la Imprenta, la de los Clavos, la de Antiguas Carniceras, la de los Fosos del Obispado.

Cien veces desesperado el conde, había creído que esa correría nocturna, no conducía á nada, que la loca no tenía ningún objeto; pero pensando al momento que esta era la única esperanza, el único recurso que le quedaba, la seguía, paso á paso, deteniéndose, á veces, en el pilar de una esquina, ó en el hueco de una pared, y emprendiendo de nuevo su marcha incierta, á manera de los buitres, sin asilo, que vagan al acaso, en las tinieblas.

Por fin, á eso de la una de la mañana, Cristina desembocó de nuevo por la plaza del Obispado.

La atmósfera parecía aclarar un poco; la lluvia había cesado; un viento fresco soplaba sin cesar, y la luna, á veces rodeada de nubes sombrías, otras brillando en todo su esplendor, reflejaba sus límpidos rayos como láminas de acero en los mil charcos que formaba el agua estancada en el enlosado.

La loca fué tranquilamente á sentarse en el borde de la fuente, en el sitio que había ocupado algunas horas antes. Por mucho tiempo quedó en la misma actitud, la mirada fija, con los andrajos pegados á sus enflaquecidos miembros.

Todos los esfuerzos del conde se habían desvanecido.

De repente la luna se aclaró, proyectando su pálida luz sobre los edificios; reinaba el silencio: la loca se levantó, irguió el cuello, y el coronel, siguiendo la dirección de sus miradas, reconoció que se dirigían á la callejuela de la antigua Herrería, que distaba doscientos pasos de la fuente.

En el instante partió con la rapidez de la saeta.

El conde siguió sus pasos, perdiéndose entre las altas y viejas paredes que dominan la iglesia de San Ignacio.

La loca parecía tener alas; mas de diez veces temió perderla de vista, con tal velocidad corria por esas callejuelas tortuosas, llenas de escombros, invadidas por los carros de basura, y obstruidas por montones de leña arrumados á las puertas, al aproximarse el invierno.

Súbitamente desapareció en una especie de callejon oscuro, y el coronel se detuvo sin saber la direccion que debía seguir.

Felizmente, al cabo de algunos minutos, el pálido rayo de una lámpara pestífera, penetró en el fondo del callejon á través de unos vidrios grasosos; el rayo estaba fijo; una sombra lo ocultó momentáneamente, volviendo á aparecer despues.

Evidentemente, algun ser velaba en ese chirivital.

¿Qué hacian allí?

El coronel siguió guiado por la luz.

En medio del callejon halló á la loca, de pié, en medio del fango, los ojos dilatados, la boca abierta, mirando esa lámpara solitaria.

La aparicion del conde no pareció sorprenderla; solamente extendiendo el brazo hacia la ventanilla alumbrada, le dijo:

¡Allí es!—con un acento tan expresivo, que el conde se estremeció.

Bajo la impulsión de ese movimiento, el conde se arrojó sobre la puerta, la abrió de un empujón, y se encontró en medio de la oscuridad.

La loca estaba tras él.

—¡Silencio!—dijo ella.

Y el conde, cediendo una vez mas al instinto de la desgraciada, se quedó inmóvil, prestando oído.

El mas profundo silencio reinaba en la casucha; se hubiera dicho que todos dormían, que todos habían muerto.

La iglesia de San Ignacio dió las dos de la mañana.

Entonces se oyó un débil cuchicheo, una luz vaga reflejóse en la pared: la puerta rechinó al pasar el coronel, y un rayo luminoso, aproximándose, alumbró una escalinata de madera, clavada en un rincón, cerca de un montón de leña; mas lejos, una ventanita abierta, botellas á derecha é izquierda, una canasta de trapos... qué sé yo? un interior sombrío, pesado, hediondo!

Al fin, una lámpara de cobre, de mecha alumbrada, sostenida por una mano seca como el pié de un pájaro de presa, se inclinó sobre el pasa-mano de la escalera y por encima de la luz asomó una mujer asustada, los cabellos color de cáñamo, los juanetes huesosos, las orejas largas y separadas de la cabeza, los ojos grises centelleantes, bajo de unos arcos profundos en lugar de cejas: en una palabra, un ser siniestro, vestía una falda grasosa, los piés cubiertos con unos zapatos viejos, los brazos descarna-

dos, desnudos hasta los codos; teniendo en una mano la lámpara, y en la otra una hacha bien afilada.

Apénas ese ser abominable hundió las miradas en las tinieblas, se regresó, subiendo la escalera con una agilidad singular.

Pero era demasiado tarde; el coronel había brincado con la espada en la mano y tenía por el vestido á la horrible mujer.

—¡Mi hijo, miserable!—decía;—¡mi hijo!

A ese grito de león, la hiena se volvió lanzando un hachazo en el vacío.

Una lucha terrible se siguió, la mujer, rodando la escalera, buscaba que morder; la lámpara, que había caído al suelo desde el primer momento, caldeaba el suelo y su mecha pestilente chisporroteando sobre los ladrillos húmedos, proyectaba sombras móviles en el fondo oscuro de la pared.

—¡Mi hijo!—repitió el coronel—ó te doy muerte!

—He! sí, tu hijo, tú lo tendrás, respondió con un acento irónico la mujer, jadeante. Oh! esto no ha concluido... tengo buenos dientes... el miserable me estrangula... He! allá arriba... ¿están sordos?... déjeme... yo... yo... yo... diré todo!.....

Estaba completamente vencida, cuando otra mujer mas vieja, mas horrible, rodó por la escalera, gritando:

—¡Aquí estoy!

La miserable estaba armada con un cuchillo de carnicero; el conde levantó los ojos y vió que buscaba un lugar seguro donde herirlo entre las espaldas.

Se juzgó perdido; una casualidad providencial podía solamente salvarlo. La loca, que había sido hasta entonces espectadora impassible, se lanzó sobre la vieja, gritando:

—¡Es ella... aquí está... oh! yo la reconozco... ahora no se me escapará!

Por toda respuesta, un lago de sangre inundó el caramanchón; la vieja acababa de degollarla.

Todo pasó en un segundo.

El coronel tuvo tiempo para levantarse y ponerse en guardia; lo que visto por las dos mujeres ganaron la escalera rápidamente y desaparecieron en las tinieblas.

La lámpara humeante batía sus alas, y el conde aprovechó sus últimos resplandores para perseguir á las asesinas; pero al llegar al término de la escalera, la prudencia le aconsejó no abandonar la salida.

Oyó el estertor de Cristina, y las gotas de sangre que caían de la escalera en medio del silencio, era horrible!.....

Del lado opuesto, al fondo de la cueva, un ruido extraño hacia temer al conde, que las dos mujeres procurasen escapar por la ventana.

La ignorancia del lugar en que se encontraba, lo tuvo allí por mucho tiempo pensativo; de pronto un rayo de luz que se deslizó á través de una puerta vidriera, le permitió ver las dos ventanas del cuarto, que daban al callejon, alumbradas por una luz interior; al mismo tiempo oyó en la calle que una voz grave y ronca exclamaba:

—He! ¿qué ha pasado aquí? ¡Una puerta abierta! Vamos... vamos

—¡A mí!—gritó el coronel,—¡a mí!—Al mismo tiempo la luz se reflejó en la escalera.

Oh! dijo la voz, sangre!... yo no me engaño... es Cristina!

—¡A mí!... repitió el coronel: un paso duro y pesado se sintió en la escalera; y la cabeza achatada del guardia Selig con su enorme gorro de cuero de nutria, su piel de cabra sobre las espaldas, apareció en lo alto de la escalera, dirigiendo la luz de la linterna hacia el conde.

La vista del uniforme petrificó al valiente hombre.

—¿Quién está aquí?—preguntó.

—Subid... valiente, subid!

—Perdon, coronel... es que aquí abajo... sí... una mujer acaba de ser asesinada... ¡Las asesinas están aquí!

El guarda, entonces, subió los últimos peldaños de la escalera y la luz alta iluminó el contorno: era un callejon de seis piés á lo mas, angostándose á la puerta del cuarto en donde se habían refugiado las asesinas: una escalera por donde se subía al granero cerraba el espacio.

La palidez del conde admiró á Selig; sin embargo, no se atrevia á interrogarlo hasta que este le preguntó:

—¿Quién vive aquí?

—Son dos mujeres, madre é hija; son llamadas en el barrio las dos Fosel. La madre vende carne en la plaza, y la hija hace salchichas.

El conde, recordando entonces las palabras de Cristina, pronunciadas en el delirio: "*Pobre niño, ellas lo han muerto,*" se sintió desfallecer; un sudor de muerte inundó su rostro.

Por una extraña casualidad, mirando al lado de la escalera, descubrió un vestidito á cuadros azules y rojos, unos zapatitos y una gorra de terciopelo negro, arrojados á un rincón. Se estremeció horrorizado; pero un poder invencible lo impulsaba á contemplar con sus propios ojos: se aproximó temblando de piés á cabeza, y levantando los zapatitos con una mano temblorosa, reconoció que eran los de su hijo!

Algunas gotas de sangre mancharon sus dedos.

Dios solo sabe lo que pasó en el corazón del conde! Largo tiempo quedó recostado á la pared, la mirada fija, los brazos caídos, la boca entreabierta, estaba anonadado; mas, de repente, se lanzó contra la puerta con un rugido de furor que aterró al guardia; nada hubiera podido resistir á su empuje. Se oyó derribar entre el cuarto los muebles que las dos mujeres habían aglomerado para impedir la entrada. La casucha se estremeció, el conde desapareció en las tinieblas; despues solo se oyeron ahullidos, gritos salvajes, imprecaciones, roncós clamores: eso no tenía nada de humano, se hubiera dicho que era un combate de bestias feroces que se destrozaban en el fondo de sus cavernas!

La calle se llenó de gente, los vecinos en-

traron por todas partes en esa especie de cueva, gritando:

—¿Qué hay, aquí se degüellan?

Poco despues el silencio se restableció, y el conde, acribillado de puñaladas, el uniforme hecho pedazos, entró en el callejon con la espada llena de sangre hasta la empuñadura, los mostachos tambien estaban ensangrentados, y los asistentes creyeron que ese hombre habia peleado á la manera de los tigres.

.....
¿Qué os diré yo ahora?

El conde Dirediche sanó de sus heridas y dejó Maguncia.

Las autoridades de la ciudad juzgaron conveniente ocultar á los parientes de las víctimas, revelaciones abominables; yo las he sabido por el guarda Selig cuando se retiró, siendo viejo, á su pueblo, cerca de Larebruck; solo él conocia los detalles, habiendo asistido como testigo á la instruccion secreta de este asunto ante el tribunal criminal de Maguncia.

Quitad el *sentido moral* al hombre, y su inteligencia, de la que él es tan orgulloso, no podrá preservarlo de las mas horribles pasiones.

A LA SEÑORITA ANGELA CARBONEL.

Traductora gentil de LA ALBORADA,
Noble, sensible y de entusiasmo llena;
Cual de su esencia pálida azucena,
De indefinible encanto circundada;

Amor—dice tu lánguida mirada,
Bondad—tu frente cándida y serena;
Mas se trasluce misteriosa pena
En tu sonrisa, de dolor velada!.....

Como las aguas puras y sonoras,
En tu dulce presencia, de la vida
Serenas pasan las fugaces horas;

El alma un punto su infortunio olvida;
Y, cual jugo de plantas bienhechoras,
Tu voz restaña su profunda herida!

NUMA P. LLONA.

UNA QUERRELLA.

(Continuacion)

—¡Nada! querida Luisa. Hablabas con tal entusiasmo que no dejabas lugar para colocar una frase.

—¡Nada y estás pálido, y con un aire que huele á tragedia, de una legua!

—Visiones de tu fantasía, linda prima—repuso el jóven, haciendo un supremo esfuerzo para llamar á sus labios una sonrisa. —Ni que preocupacion resistiria á la perspectiva de una deliciosa velada entre dos astros de belleza!..... Pero yo supongo que este traje es por demas inconveniente.....

—Vé á cambiarlo, que tienes tiempo de sobra, en tanto que llega el coche á buscarlos, pues quise venir á pié, temiendo entrar

con ruido en casa de un soltero. ¿Cuándo dejarás de serlo, Enrique? Cuándo vendrá á estos lujosos salones su divinidad tutelar? ¿Cuanta luz, qué perfume derramaría en esta suntuosa morada una mujer jóven y bella?..... Alina Wilson, por ejemplo.

—¿Y por qué ella mas que otra cualquiera?

—Ingrato! ¿no has encontrado alguna vez la mirada de esos grandes ojos azules?

—Si no la conozco, prima.

—¿Es posible? Pues ella te conoce á tí... quizá demasiado, para su tranquilidad....

Pero vé á vestirme, y no pases cuidado por mí, que quiero repasar en tu magnífico piano mi último estudio, una *reverie* que me tiene loca. Figúrate una sublimidad musical, firmada por un nombre oscuro de mujer, é impresa en Lóndres por G. que me envió el único ejemplar que existe en Lima. Pienso hacer un efecto inmenso en el concierto que va á dar Alina en la próxima semana..... Pero, véte, y despacha pronto primo mio, que la hora avanza.

Enrique dejó á su prima sentada al piano, y entrando en su cuarto, ocupóse aunque con profundo disgusto, en los detalles del tocador.

Y en tanto que su mano crispada por la fiebre enlazaba la corbata y calzaba el guante, preguntábase cómo podria soportar durante cuatro mortales horas la frívola alegría de sus compañeras de velada, cuyo prólogo reia ya bajo los ágiles dedos de su prima en festivas notas que el sonoro *Pleyel* parecia reproducir con placer, y que caian en el corazon de Enrique como gotas de plomo hirviendo sobre las llagas de un mártir.

Derepente, á los caprichosos floreos sucedieron los patéticos acentos de una estraña melodía.

Enrique se estremeció.

—¡*La Cautiva*—esclamó—esa música sublime que escribió á mi lado y que viene ahora á hablarme de ella!

Y cual si le persiguiese un fantasma, Enrique huyó hasta el fondo del jardin.

Mas, luego, arrastrado por aquellos encantados acordes que llegaban hasta él apagados pero distintos, volvió sobre sus pasos, y pálido, conteniendo el aliento y las manos sobre el corazon, de pié tras las cortinas de la puerta, escuchó con dolorosa avidez.

Imposible seria describir con la pálida fraseologia las bellezas sucesivamente plácidas y sombrías de aquella melodía, del todo imitativa, cuyas notas reproducian con todas sus terribles peripecias una trájica leyenda.

Escuchábase el fragoroso vaiven de las azules olas del Mediterráneo, estrellándose en las graníticas rompientes de la costa africana, sobre cuyas rocas, soberbios como el despotismo, silenciosos como la esclavitud, elévanse los muros de un harem. La oscura mole se inclina sobre el abismo, y sus bóvedas se dibujan fantásticas sobre el estrellado cielo.

Blanca como la desanudada túnica abierta sobre su anhelante seno, pálida, desme-

lenada, y secos los bellos ojos enrojecidos por el llanto, una mujer hermosa y desolada, asidas sus diáfanas manos á las rejas de un ajimez, y la mirada perdida en el vasto horizonte, busca en sus brumosas lontananzas los recuerdos de su destrozada existencia.

Allí están los rientes dias de la infancia con sus turbulentos juegos, y la juventud con sus doradas ilusiones y el amor con sus ardientes suspiros, sus deliciosas promesas..... Y la májica luz del recuerdo presta al ilusorio mirage los vivos colores de la realidad.

Los radiantes rayos de un sol primaveral iluminan las floridas riberas de la Sicilia. Allá, al cabo de una sombrasa avenida de sicomoros, divísanse las elevadas torres y la gótica fachada de un templo.

En sus bóvedas resuena la voz magestuosa del órgano, y el ancho pórtico dá salida al alegre cortejo de una boda. Graciosas jóvenes vestidas de blanco y coronadas de flores, se agrupan en torno á los héroes de la fiesta, entonando gozosos epitalamios.

¡Qué bella es la desposada! En su rostro resplandecen la juventud y la dicha.

¡Cuán hermoso el doncel en cuyo brazo se apoya con el dulce abandono del amor!

La comitiva ha llegado al promedio del camino, entre el mar y el castillo, morada de aquellos que el amor ha unido en indisoluble lazo.

¿Por qué la desposada, apartándose de su brillante séquito, abandona el brazo en que se apoya y se dirige sola á la ribera?

Va á cumplir un voto depositando su corona virginal á los piés de la Madona, cuyo santuario se divisa allá, entre las musgosas rocas de la costa.

Héla allí postrada al pié del tosco altar de piedra, fijos los ojos en la santa imagen, murmurando una amorosa plegaria, y el alma abismada en la contemplacion de una dicha sin fin.....

Dos figuras siniestras, dos hombres medio desnudos, armados de anchos puñales, surgiendo derepente de entre las breñas, se arrojan sobre ella, arráncanla del sagrado recinto y del beatífico ensueño que la absorbe; inutilizan su resistencia, sofocan sus gritos, y la arrastran en pos suyo hácia una nave que oculta los aguarda entre las sinuosidades de un risco. Saltan en ella y se alejan, mezclando sus horribles risas á los lamentos desesperados de la vírgen, que el viento arrebatada con la corsaria nave hácia las costas de Africa.

Y la desdichada cautiva, al volver de su largo desmayo, se encuentra á los piés de un amo, cuyas impuras miradas la codician; pero que aplazando sus tiránicas violencias la encierra en una suntuosa alcoba, dorada jaula, cuyas rejas la infortunada sacude una á una, con rabioso terror, mesando sus cabellos, invocando al cielo y al infierno, hasta que exhausta de fuerzas, cae exanime en tierra.....

Enrique habria caído tambien, tan dolorosos eran los latidos que destrozaban su corazon, si lágrimas, arrancadas á pesar su-

yo por los recuerdos despertados en él, por aquella tétrica melodía, lágrimas amargas, pero al fin, lágrimas, no hubieran venido á aliviarlo.

JUANA M. GORRITI.

(Continuará.)

LAS FLORES.

Cuando las flores miro
De tí me acuerdo,
Esas víctimas bellas
Del crudo invierno:
Que se deshojan
Y suspirando mueren
Cuando él las toca.

Quién escuchar pudiera
Lo que le dice
La rosa á la violeta
Modesta y triste;
Y los suspiros
Que al recordar la gloria
Lanzan los lirios.

¡Con qué trovas tan tristes
Quejarse deben
Ellas que solo un rato
De vida tienen,
Cuando se miran
Arrancadas del tallo
Por mano impía.

Por eso se creen felices
Cuando en sus hojas
Sienten la nivea mano
De alguna hermosa:
Si en su mirada
Brilla la luz que adoran,
La luz del alba.

Por eso esta violeta
Leonor, te envío,
Como bello recuerdo
De mi cariño!
Y aunque marchita
Quizá cuando la mires
Vuelva á la vida.

D. DE VIVERO.

EL AGUA MANSA.

[L'eau dormante.]

ESCENAS DE LA VIDA MEJICANA, POR
LUCIEN BIART.

(Continuación.)

DOÑA Lorenza descansaba ya sobre una silla y parecía soñolienta. Tendió las manos á su marido, que se las besó y se sentó á su lado. Envolvió un cigarrillo que su mujer le presentó con los dedos, luego que estuvo encendido, y cuyo humo aspiró para echarlo en seguida por las narices. Aun antes de que él hubiese podido hablar, le refirió, que, temiendo una tempestad, había suspendido los faenas antes de la hora,—que Tonatl había pedido un adelanto de diez pesos,—que le había nacido un hijo á Juan el salvaje,—que Antonio Lopez y Pepa Nuñez, cuyas dos madres estaban reñidas, por un antiguo pleito, querían casarse y que les había prometido su apoyo.

—Y tú, preguntó en seguida, poniendo su manecita sobre el hombro de su marido, ¿en qué has empleado el tiempo?

—He pasado el día en el teatro, que necesita ser pintado completamente, como lo había previsto. La Wilson no puede darnos sino tres representaciones, porque quiere estar en Puebla dentro de doce días.

—¿Refaccionan el teatro en la noche?

—No, ciertamente; pero, en mi calidad de comisionado ¿no he tenido acaso que preocuparme del baile de pasado mañana? Me desocupé á las nueve y pensé en cenar.

—¿Solo?

—No; en compañía de Solar, de Nieto, de Vargas, del cónsul americano y de un adjunto de la Legación francesa. La Wilson nos había invitado para hacer los honores al cónsul de su país, porque ella es de Nueva York y no inglesa, como equivocadamente lo han repetido los periódicos.

—¿Entonces habla español esa cantatriz?

—Y francés, y también italiano.

—¿Es muy bella?

—Tú la verás, dijo don Luis, levantándose. Sus cabellos son color de oro, sus ojos azules como el cielo y su tez es mas blanca que los lirios.

—Una muñeca de cera,—contestó riendo doña Lorenza.—Abandonó su sillón, llevó su frente á los labios de su marido y añadió:—En verdad, ya es muy tarde, y me caigo de sueño.

—Id á descansar, hermosa señora. Una palabra: ¿asistireis al baile de pasado mañana?

—Me veo obligada á hacerlo, desde que tú lo quieres.

Don Luis se hallaba, hacia tiempo, en su cuarto, mientras que doña Lorenza vagaba todavía sobre el terrado. El viento había dejado de soplar; el aire estaba perfumado; las cigarras cantaban á lo lejos con su desapacible y monótono canto. Brillante de rocío, salpicado de mil insectos fosforescentes, el prado, visto de la altura en que se encontraba doña Lorenza, parecía confundirse con el lago, y reflejar, como él, una parte del cielo con sus astros centellantes.

Cuando la joven se despertó al siguiente día, su marido galopaba ya por el camino de Córdoba.

II.

Los mejicanos son apasionados de la música, y á ellos les sería mas difícil que á los parisienses pasar sin ópera italiana. Todos los años, cuando desembarca una compañía de cantores en Veracruz, hay gran conmoción en las ciudades que debe atravesar, sobre todo, si la compañía posee una estrella como la Sontag, la Tomasi ó la Stefanone. La estrella casi nunca llega á faltar, porque el genio de los empresarios sabe improvisarla si es preciso. En 1851, la estrella fué la Wilson, artista de mérito tan efectivo, en concepto de los anuncios de recomendación, que podía desdeñar todo pseudónimo italiano y presentarse con su propio nombre.

En Méjico no hay preocupaciones contra

los cómicos; y para un tenor, especialmente una cantatriz, se abren todas las puertas. Se les pasea de fiesta en fiesta y de banquete en banquete. Sucede con frecuencia que despues de haber conquistado los sufragios de la capital, cede la diva á las invitaciones de los concejos municipales y consiente en cantar en las ciudades que debe atravesar para reembarcarse. En 1851, don Pedro Prieto era Prefecto de Córdoba; y merced á su actividad, á su ingenio y á sus multiplicados esfuerzos, Córdoba, ciudad de tercer orden, pero orgullosa en razon de su pequeñez, iba á oír á la Wilson antes que Orizaba, Puebla, y aun antes que la capital. ¿Cómo extrañar la fama de que disfruta el joven administrador! Si los pueblos son ingratos, Córdoba no merece este reproche, porque se necesitarán tres generaciones para que la ciudad olvide el triunfo que le debió á su prefecto, triunfo de que Orizaba, que aspira al título de primera ciudad de la provincia, no ha podido todavía consolarse.

Fué Nilda quien comunicó á su ama con un poco de timidez, la partida matinal de don Luis. Doña Lorenza se levantó risueña, dejó trenzar sus largos cabellos sin impaciencia, se vistió con su habitual lentitud y dispuso en seguida que ensillaran uno de sus caballos. Era sábado, y don Luis recorría sus tierras ordinariamente en días semejantes, para contemplar los trabajos ejecutados durante la semana, y reprender ó recompensar á los trabajadores en la hora del pago. Cuando estuvo lista, doña Lorenza hizo llamar al mayordomo.

—Antonio, yo reemplazo hoy al amo—dijo al antiguo criado.—Monta uno de sus caballos para que me acompañes, porque los tuyos son viejos y ya no saben correr.

Durante dos horas, y casi sin interrupción, galopó doña Lorenza, vestida con una bata blanca, una máscara de gasa azul y con su manteleta echada tan pronto sobre el hombro izquierdo como enrollada á la cintura. Penetraba en las quebradas, corría sobre las cimas de las colinas, ó, inclinada sobre el cuello de su cabalgadura, se lanzaba á traves de la fronda. Las lianas le dificultaban el paso, la envolvían á ella y su caballo entre sus redes; Antonio, con el sable en la mano, se apresuraba á libertar á su ama de los nudos floridos que la aprisionaban y en medio de los cuales se debatía. Por momentos, se detenía Lorenza en las alturas para examinar un abismo, para contemplar los montes, los torrentes los árboles, todo el gran paisaje extendido á sus piés, ó para seguir curiosamente en las llanuras alumbradas por el sol, la sombra rápida de las águilas que cruzaban el cielo; pero muy luego proseguía su carrera; hubiérase dicho que en ese movimiento, en esa fatiga violenta buscaba una tregua á sus dolorosas ideas.

Delante de los ranchos, ponía pié en tierra, y se veía inmediatamente rodeada de veinte perros hambrientos y ladradores. Las mujeres y los niños, se estrechaban para saludarla, le presentaban flores, frutos, calabazas llenas de leche, donde mojaba sus labios. En todas partes pedían algo, y á despecho de las observaciones de su anciano guía, se mostraba en todas partes buena, indulgente, pródiga.

—Tan cierto como que no hay sino un Dios, señora, exclamaba Antonio, la Juana

la ha engañado á usted; hace ocho dias que su marido puede manejar el hacha.

—¡Silencio! decía doña Lorenza, quiero ser engañada.

—Por el nombre del santo que lleva, señora, Mateo le ha mentido á usted como un Júdas; su cosecha es buena.

—Me lo ha pedido en nombre de la vida del amo. Antonio, y yo quiero que bendigan al amo.

TRADUCCION LIBRE.

EL INDEFINIDO.

[A Ramon Rojas y Cañas, que se halla en esta condicion afflictiva.]

Un axioma harto sabido
Derivado del latin,
Algunos han traducido:
Significa INDEFINIDO
Hombre que no tiene fin.

A la lengua madre invoco,
Prescindo del participio
Y con la evidencia toco:
A quien no hallo fin, tampoco
Puedo encontrarle principio.

Del INDEFINIDO en pos
Y sin cábulas, sin artes,
Como uno y uno dan dos,
Concluyo que es como Dios
Y lo encuentro en todas partes.

Octubre 31 de 1874.

LA VIUDA.

A las que se hallan en esta condicion calamitosa.

Sin Jerónimo de duda,
No hay remedio, no hay remedio,
En traduccion concienzuda,
Es la pensionista viuda
Mujer que no tiene medio.

Y si busca *montepio*
Encuentra. ¡Lástima cauce!
¿Qué es lo que encuentra? ¡Dios mio!
Al cajero mas bravio,
Por el *despiadado sauce*.

De que su conducta es pura
Le exige certificado:
Ella se lo pide al cura
Y mientras él, se rasura
Se lo dá el inter pelado.

Nada consigue del fisco,
Grita, tose, sufre tisis,
Furiosa cual basilisco,
No dá al erario un pellisco
Y es víctima de la crisis.

ACISCLO VILLARAN.

Noviembre 5 de 1874.

LAS AMIGAS DE BELEN.

ERANLO Amalia y Luisa; y tan íntimas que entre ellas todo era comun, desde los libros de estudio, hasta las golosinas encerradas en los inmensos bolsillos que las alumnas ocultaban entre el fustan y la falda, al ojo vigilante de las madres, en las horas de clases.

Y, sin embargo, aunque hijas de dos casas igualmente distinguidas, todo en ambas difería: carácter y posicion social.

El padre de Luisa poseía una fortuna modesta pero independiente; y sin fausto, los suyos gozaban un verdadero bienestar.

La familia de Amalia, destituida de bienes, vivía bajo los reflejos del soberbio fortuna de un pariente.

Luisa era modesta; Amalia vanidosa y fantástica.

A esta la llevaban de su casa vistosos cartuchos de confites dorados; aquella recibía suculentos sanwichs, alfajores y ricos turrones de Alicante, que su amiga devoraba, olvidando sus ostentosos regalos. Y Luisa se ponía tan contenta! Porque Luisa amaba verdaderamente á Amalia, cuyos cariños la hacían creer que era correspondida.

Y véaselas en las horas de recreo pasear abrazadas á lo largo de los claustros, sonriendo la una á la otra, y cuchicheando las mil nimiedades de la vida estudiantil.

Y así llegó el día en que dejaron el colegio.

Besos y llantos, sinceros de parte de Luisa, de la de Amalia. . . . La familia de aquella había hecho, en otro tiempo importantes servicios á la de ésta; y sabido es que favorecer, es perder la amistad del favorecido.

Así, los parientes de Amalia se habían vuelto para los de Luisa personas del todo extrañas.

Ahora, he aquí la posicion de Amalia y de Luisa cuando al dejar el colegio entraron en la sociedad.

En las suntuosas fiestas de su pariente, Amalia había contraído amistad, con todos los jóvenes de Lima, desde los mas distinguidos hasta el último mocito que tiene dos pesos para guantes y dos reales para bítters donde Broggi. Era atendida y galanteada por todos; frecuentaba los bailes, teatros y paseos; y en todas partes era una de tantas.

Luisa, al contrario, vivía retirada, y no tenía necesidad de traficar las calles ni para ir á misa; porque baños, jardín y oratorio, todo había en su casa, que era propia; y aunque modestamente arreglada, disfrutábase en ella todas las comodidades de la vida. Su espesa verja se abría solo para personas muy respetables y caracterizadas: por ejemplo el arzobispo y algunos ancianos magistrados, quienes no siempre eran recibidos por las niñas.

Digo—las niñas, porque Luisa no era sola. Tampoco lo era Amalia; pero las hermanas no tienen parte en esta verídica historia.

Pasaron dos años, y Luisa no había vuel-

to á ver á Amalia; y pensando siempre en ella, extrañaba que llevando una existencia casi independiente, pues iba sola á todas partes, no hubiese venido á verla.

Un día Luisa, acompañada de una prima suya, yendo á comprar al comercio, preguntó en un almacén—¿Tiene usted estopillas y breña?

Casi al mismo tiempo—¿Tiene usted *grano de oro* doble para fustanes?—dijo á su espalda una voz, que la hizo volverse con precipitacion.

Era Amalia.

Luisa iba á tender los brazos á su amiga; pero la vió apartar de ella los ojos para dar la mano á un joven que entraba en ese instante.

Aunque dolorosamente impresionada, Luisa dudó todavía; esforzóse á creer que no la había reconocido; pero luego encontráronse buscando en otro almacén del Portal, la una gros negro, la otra una tela de relumbrón; y entonces Luisa vió que Amalia desviaba de ella el rostro con desden.

El corazón de la noble joven se comprimió, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

La dignidad ofendida secoló luego, y Luisa dejó el almacén sin volver una mirada hácia aquella que la olvidaba. Sin embargo, hacia estas tristes reflexiones.—Creería-se Amalia superior á ella porque nunca la había encontrado en los bailes? ¿Le parecería de mal tono tener una amiga desconocida de los jóvenes elegantes de su círculo? ¿Se figuraría humillada en abrazarla porque vestía sencillamente de negro, y no ostentaba el cargamento de crines, abullonados, listones, que á manera de mochila de soldado, hay necesidad de cargar por respeto á la moda con el nombre de *categoría*, y que algunas en efecto, es la única que poseen?

Luisa es humilde; y no pensaba que ella educada en principios morales y religiosos, ignorando el paso de la polka y las figuras de la cuadrilla, semejava á la violeta, escondiendo en la sombra su perfume; en tanto que la otra, en medio al gran mundo, era como la magnolia que colocan en el centro de los grandes ramilletes, que todos la han visto, tocado, y marchitado con su impuro aliento.

¿A cuál de ellas, el hombre sensato confiaría su felicidad?

Sin embargo, Amalia se casó antes que su antigua amiga. Dió su mano á un joven oficial cajero de su regimiento; elegante y amenerado, que educado en Europa, había traído á su pobre familia los gustos fastuosos de la Francia imperial; y llevaba los bigotes encerados á lo Napoleon, y quería para su esposa un guarda-ropa á la Eugenia.

Y tanta prisa se dió la pareja en derrochar, que un día la caja del cuerpo sonó hueco.

Entonces fueron los apuros. El terror á la penitenciaria hizo decir al oficial, mirando á su mujer con aterrados ojos:—Pide á tu tío los veinte mil soles que es necesario reponer.

—¡Jamás!—respondió ésta —¡Te delataría!

—¡Qué hacer entonces! Es necesario tomar una resolucion.

Amalia sonrió á un pensamiento; pero luego su frente se cubrió sucesivamente de rubor y palidez.

Pensó en Luisa, tan buena y generosa, que acababa de recibir la herencia de una tía, muerta hacia poco tiempo; mas recordó también, la indigna conducta que con ella tuvo las dos veces en que la había encontrado; y la vergüenza y el desaliento se apoderaron de su ánimo.

Su marido, que había notado la expresión de su semblante, díjole:—Tú has encontrado nu medio.

—Sí, pero irrealizable.

—Dílo.

—¿Para qué? He dicho que es irrealizable.

—Dílo siempre, hija mia. ¿Qué pierdes con decirlo?

—Y bien! Pensaba en una amiga de infancia, amante y generosa; pero un día, movida de necia vanidad, la ofendí; y no me atrevo á recurrir á su bondad.

—¿Quién es ella?

—Luisa R.

—¿No acaba de recibir una herencia?

—En efecto.

—Pues yo no la he ofendido, y puedo dirigirme á ella.

—¡Qué afrenta! ¡Dios mio!—exclamó Amalia, cuya vanidad se sublevaba, á la idea de aquella humillación. Pero su marido no hizo caso de sus declamaciones; y tomando su kepí, dejola entregada á las mas crueles zozobras.

Una hora despues se hacia anunciar en casa de Luisa y la pedia una audiencia, como esposo de su amiga Amalia.

Luisa pidió permiso á sus padres para escucharlo á solas.

El oficial la expuso su situación. Luisa no esperó á que le pidiera el servicio que venia á reclamar de ella; quiso ahorrarle aquella humillación. Escribió dos líneas á un jóven abogado que iba á ser luego su esposo; y entregándolas á un criado, ordenóle que se la llevase al momento.

Entre tanto, abriendo un secretario, tomó un rollo de billetes y entregándolo al oficial:

—Dé usted esto á Amalia—le dijo—y expóngale que yo no he cambiado; y que como en Belen, todo lo que poseo es suyo.

El oficial se retiró pasmado de tanta generosidad.

El jóven abogado presentóse luego á Luisa. Esta le refirió lo ocurrido, y cómo había salvado al esposo de su amiga á costa de la herencia que debía llevar al matrimonio.

—Querido Eduardo—concluyó sonriendo—me perdona usted este déficit en nuestros fondos?

—Oh! Luisa—exclamó el jóven—¿qué tesoro mas valioso puede usted traerme que el de su corazón?

MANUELA V. DE PLASENCIA.



MUCHO es para la humanidad, eternamente afanosa en pos del placer, á fin de ocultar su hereditaria dolencia, mucho es consagrar al dolor una de las trescientas sesenta y cinco jornadas que el año encierra. Por ello, necesario es tenerla en cuenta.

Desde la víspera del día dedicado por la Iglesia á la conmemoración de los muertos, largas caravanas de peregrinos, saliendo por la portada de Maravillas, diríjense á esa blanca metrópoli que yace bajo la fronda inmóvil de los cipreses. Llegan; la cercan, y esperan con palpitante impaciencia. Apenas la grande verja se abre, penetran en el túbnebre recinto, y lo invaden en toda su vasta extensión, llevando los ardientes rumores de la vida al helado silencio de la muerte.

Oyese por todas partes algo como el ruido de puertas que se abren. Diríase el matinal despertar de una ciudad ¿Qué es eso?

Son los vivos que abren las puertas de los sepulcros; unos para regarlos con lágrimas; otros para cambiar con frescas flores la triste yerba del olvido.

Allí van los bomberos, apuestos mancebos, llevando con gracia su brillante uniforme, y anudado al brazo el crespon de duelo. Detiéndense ante los mausoleos de sus compañeros; órnanlos con guirnaldas de flores; y en sentidos discursos ensalzan las virtudes de aquellos que en el cumplimiento del deber murieron.

Grupos de hermosas jóvenes en busca de sus amigas muertas, recorren las líneas de epitafios, leyendo—¡Délia! ¡Elisa! ¡Emilia! ¡Rosa! ¡María! ¡Leonor! ¡Clorinda!—nombres armoniosos, radiantes de poesía y de vida, que, sin embargo ¡ay! no son ya sino una memoria, un eco lejano de las beldades que los llevaron!

Escúchanse suspiros, sollozos, dolorosas exclamaciones.

Ah! cuán desgarradoras impresiones se experimentarían en aquellos tristes parajes, sin esa cruz que se eleva sobre las tumbas como un faro de esperanza y de inmortalidad!

La filantrópica "Sociedad Amantes del Saber" ha publicado con el título EL SIGLO un periódico, órgano de las ciencias y de las artes. En el primer número se registran importantes estudios sobre matemáticas é ingeniería; y es notable el discurso del malogrado literato, señor don Andrés Martínez, pronunciado ante la Academia de Arequipa, en una ocasión solemne; monumento literario de perdurable gloria para el Perú.

Un hogar vacío.

Así se encuentra ahora la suntuosa morada del señor Tenderini. El ángel que en ella derramaba luz y alegría ha vuelto á su celeste patria.

Siempre sublime.

Así se nos ha mostrado aun la divina Ristori en ese género antípoda del suyo: en el género cómico.

El entusiasmo vacila en cuál darla el mas hermoso lauro: si en el trágico dolor de la Pia, ó en la gracia picante y seductora de la linda esposa, que se refugia en una simulada demencia contra la injustas sospechas de su marido.

¿Vióse nunca tan interesante loca? ¿Caballeros, quien de vosotros no habría caído á sus piés?

JUANA MANUELA GORRITI

CHARADA.

Mi primera corteja á la tierra;
Mi segunda, tercera y mi cuarta
Es un puesto que á un prójimo encierra,
Que por horas de allí no se aparta.

Mi primera y mi cuarta es un nombre;
Mi tercera y mi cuarta también,
Y mi todo también, y no de hombre,
Que es flor, joya y mujer á la vez.

Publicamos á continuación las

SOLUCIONES

á la charada del N. 2 por haberlas recibido demasiado tarde,

Juntando primera y cuarta
Solo he podido encontrar,
Una blanquísima *cana*
Que es de la vejez señal.

En la segunda y primera,
He visto á aquel animal
Llamado *vaca* y que es hembra
Del de . . . la barbaridad.

La primera y la segunda
Que dan vida al musulman,
No son mas que aquella *Cava*
Tan enviada á Satanás.

En la tercera y la cuarta,
Como fuente de cristal,
He encontrado una *tina*
Que me ha parecido un mar.

La segunda con la cuarta,
Hacen esa hija de Adán
Que tan *vana* se presenta,
Llena de felicidad.

Y, en fin, combinando el todo,
He llegado á adivinar,
Que CAVATINA es aquello
Del Teatro Principal.

ADRIANA BUENDIA.

CAVATINA, señores, CAVATINA
Es lo que viendo LA ALBORADA hallé;
Declaren que decifro la charada,
Y con buena salud, pasarla bien.

D.

EMPRESA TIPOGRAFICA,
Calle de Camaná, antes Ayacucho, N.º 128 y 130.